

# EL ARCHIVO

REVISTA LITERARIA SEMANAL.

Precio de suscripción: 8 pesetas al año.

En combinación con *El Fomento de la Marina* 12 pesetas.

DIRECTOR:

**Dr. D. Roque Chabas**

Presbítero.

La correspondencia literaria al Director, calle Mayor, núm. 4. La demás al Admor. D. José Jorro, calle de Bonaire.

## SUMARIO.

*Antigüedades de Valencia. El sepulcro cristiano del Museo. — Miscelánea.*

### ANTIGÜEDADES DE VALENCIA.

#### EL SEPULCRO CRISTIANO DEL MUSEO.

En la página 314 publicamos un artículo, escrito por D. José Martínez Aloy, sobre este interesante sepulcro y en la pág. 323 dábamos á conocer algunas someras observaciones contra las apreciaciones de dicho artículo. Coincidiendo con nuestras ideas publicó después el diario "Las Provincias" otro trabajo del Sr. D. Francisco Danvila, muy lleno de erudición antigua y con atinadas observaciones. Como el Sr. Martínez Aloy no se ha creído vencido en las impugnaciones de su artículo, ha publicado una defensa de su elucubración primera, que le ha valido otra crítica del Sr. Danvila. Queremos que nuestros lectores posean todas las piezas de este proceso y vamos á publicar los tres artículos escritos sobre esta cuestión.

#### *Impugnación de Don Francisco Danvila.*

LAS PROVINCIAS publicó no ha mucho en sus columnas un discreto artículo, ocupándose del sarcófago cristiano que guarda la Comisión provincial de Monumentos en el Museo del Cármen, y el cual fué recogido de la ciudadela de esta ciudad en 1865. Conozco el citado objeto, y como, por las razones que iré apuntando, no pueda conformarme con las conclusiones de aquel artículo, especialmente la de que tal vez haya servido de enterramiento al cuerpo de San Vicente, voy á exponer también mi humilde juicio, sin más objeto que ayudar á esclarecer el asunto.

El sarcófago de que se trata es un cubo rectangular de piedra, que mide 1<sup>m</sup>93 de longitud, por 0<sup>m</sup>64 de latitud y 0<sup>m</sup>57 de altura. Carece de tapa. Su frente anterior se halla labreado con exornos rehundidos y en bajo relieve. Tres compartimientos dividen su rectángulo, limitado en los extremos por dos pilas-tras estriadas con capiteles corintios. Los dos espacios laterales se adornan con una serie de strígilos, y el del centro con un bajo relieve, cuyo simbolis-

mo presta alguna importancia á este monumento, semejante, en su totalidad, á otros muchos encontrados en los diversos países cristianos.

Forma aquel relieve una cruz *innis-sa* ó latina, perlada (*gemmata*), que sustenta una corona de laurel, liada con una bandeleta, cuyos extremos bajan hasta los brazos de la cruz. Circunscrito en la corona, aparece el crisma ó monograma de Cristo, formado por la P y la cruz *decussata* ó la X. En la parte superior de la corona se advierte una medalla oval conteniendo una efigie incomprendible, quizás un retrato. Los radios del monograma están, como la cruz, adornados con piedras ó gemmas. En los ángulos superiores que forma la corona con el recuadro, hay dos flores semejantes á la azuzena. Sobre los brazos de la mencionada cruz latina se ven dos palomas, y bajo de ellas un cordero y un ciervo. Y este es el geroglífico que debe descifrarse, para encontrar la fecha del objeto y su probable destino.

Llama principalmente la atención en dicho bajo relieve la cruz latina, en cuyo extremo se apoya el monograma inscrito en la corona, y no puede haber duda que ambos unidos y con igual exornación, reproducen el lábaro griego. Eusebio, escritor coetáneo de Constantino, en la *Vida* de este emperador, describe así el dicho lábaro que tenía ante sus ojos. "Es, dice, una asta larga cubierta de oro y provista de una antena transversal á manera de cruz. Encima, en el extremo de esta misma asta, se había fijado una corona de oro y pedrerías. En el centro de la corona estaba el signo del nombre saludable (de Cristo) á saber, un monograma desig-

nando este nombre sagrado por sus dos primeras letras la P y la X."

Los más ilustres arqueólogos cristianos, de Buonarruoti á De Rossi, convienen, como afirma Martigny, en que el lábaro es la significación simbólica de Cristo; que desde 347 á 405 el crisma aparece unido á la cruz latina en los monumentos conocidos y desde 405 desaparece, dejando en su lugar á la cruz desnuda.

Sin esto, existe en nuestro bajo relieve, otro símbolo que confirma luminosamente la significación del lábaro. Me refiero á las dos palomas. Estas, cuando aparecen sobre un sarcófago ó urna funeraria, llevando ó no un ramo de olivo, creen los intérpretes que significan la paz dada al alma fiel y equivalen á la fórmula *in pace*; en cuyo caso recuerdan la inscripción tan común en los mármoles cristianos *spiritus in pace* (suple *tuus*) "y no quedará ya en este concepto ni la sombra de una duda, si á este emblema viene á juntarse el crisma, representación simbólica de Cristo, y que completará así la fórmula, *spiritus tuus in pace et in Christo*, solemne aclamación inscrita en los sepulcros cristianos de la más antigua época."

Bottari consigna, no obstante, que alguna vez "dos palomas puestas sobre los brazos de una cruz coronada por el lábaro, son la expresión figurada de la paz dada á la Iglesia por Constantino," más como el célebre escritor no hace aplicación de este parecer á los monumentos funerarios, aún ratifica más la primera significación, en vez de contradecirla.

Es innegable también que la cruz y

la corona se han usado en la simbología cristiana como signos del martirio, pero esta aseveración no se ha de tomar en absoluto, ni puede aplicarse al sepulcro que se examina. Si alguna vez la cruz designó el enterramiento de un mártir, esto fué en los primeros tiempos de la Iglesia, y cuando aún no se conocía la cruz inmissa ó latina de nuestro lábaro. La corona determina menos el martirio, pues al par que en los sepulcros de mártires, se la ha encontrado en los de sacerdotes confesores y demás fieles de uno y otro sexo, como signo de victoria sobre sus pasiones ó contra las asechanzas de la heregía. Además, y esto es importante y decisivo, la cruz y la corona se han empleado en semejantes ocasiones solas y separadas (la segunda sin crisma), como objetos especiales con significación propia, y no relacionado ya por el adorno de las piedras y gemmas. La Iglesia ha resistido siempre, con justicia, conocer como testimonio suficiente para determinar el sepulcro de un mártir los signos simbólicos, y así tiene declarado, ocupándose de la palma, emblema mucho más significativo que la cruz y la corona, que no ofrece valor alguno para semejantes casos, si no le acompañan el vaso de sangre ó los instrumentos del martirio.

Tenemos, pues, que nuestro símbolo principal equivale á una conocida inscripción funeraria; falta saber si el cordero y el ciervo nos aclaran algo más el misterioso geroglífico.

La reproducción del cordero en los sarcófagos cristianos es muy usual, y cuando por no acompañarle otras circunstancias se ha prescindido de su significación sagrada, ha simbolizado,

sin excepción, la inocencia y la simplicidad, cualidades atribuidas generalmente á los niños y á los jóvenes. Abundan mucho los ejemplos, y el nuestro adquiere mayor certidumbre si se le relaciona con las azucenas de los ángulos, emblema también de pureza y castidad.

El ciervo concurre á este mismo concepto, y añade una nueva circunstancia, importante, al individuo depositado en el sarcófago. Aquél tímido animal, según Bottari, Paciandi, Ciampini, etc., es símbolo peculiar "del ansia con que el alma aspira á la gracia del bautismo," y debió constituirse siguiendo el vers. III Psalmó XLI. *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus.* Existen documentos plásticos que así lo determinan con entera claridad.

San Ambrosio, además, al tratar del martirio de Santa Thecla, atribuye el mencionado signo á las vírgenes cristianas.

Para mí, pues, y reasumiendo, el sarcófago que nos ocupa debió labrarse en la segunda mitad del siglo IV, época en que no son extraños esos reflejos orientales que muestran la cruz y el crisma, y pertenecen á la transición del arte greco-romano al latino bizantino; y reuniendo toda la significación del bajo relieve, creo muy probable que encerró los despojos de un mancebo, ó de una vírgen de reconocidas virtudes y mansedumbre, á quien Dios llamó á sí poco tiempo después del bautismo, ó mejor aún durante el catecumenado.

Admitida esta fundada deducción, la existencia del sarcófago en la ciudadela

de esta ciudad no parece tan rara, y puede conjeturarse con mayor verosimilitud que su traslado á ella fué en el siglo XVI desde San Vicente de la Roqueta, punto notable donde existia un templo, que fijaba la piadosa atención de los valencianos.

Es sabido que en muchas ciudades de España, como en las de otras naciones, existieron catacumbas sepulcrales donde, por motivos de devoción, disponían su enterramiento los cristianos aún mucho tiempo después que Constantino hubo dado la paz á la Iglesia. Por otra parte, el sarcófago descrito se halla exornado solo en su frente anterior, señal evidente de haberse emplazado en el espesor de una tapia ó de un muro, como se practicaba en las catacumbas (1). Ahora bien: ¿Será muy descaminado pensar que en el ancho espacio, dilatado fuera de la ciudad, hácia Levante, donde luego se construyó la ciudadela, pudo existir en la época romana una de aquellas criptas funerarias, en la que se hallara el mencionado sepulcro, catacumba que, destruida luego por los bárbaros, los árabes, el río ó el tiempo, guardó bajo sus ruinas aquel monumento, hasta que los constructores de la primitiva fortaleza le volvieron á la luz al abrir sus cimientos?

Conjetura es esta, en verdad, de es-

(1) Quizás esta circunstancia haya influido en el ánimo del ilustrado autor del artículo á que aludo en el comienzo del presente, para que recordando lo dicho por Escolano en sus *Décadas* (lib. V. cap. XVII número 5,) se afirmara en la idea capital de su trabajo, mas por desgracia, este levísimo indicio á nada conduce sin la acertada interpretación del bajo-relieve del sarcófago.

caso fundamento, pero al menos no contradice las anteriores especulaciones arqueológicas, según las cuales es difícil admitir que el sarcófago de la ciudadela haya atesorado los restos del diácono San Vicente, ni los de martir alguno.

Sin embargo, esto y todo lo dicho, salvo mejor dictámen.

### *Defensa del Sr. Martinez Aloy.*

Dos escritores eruditos, como son los Sres. Danvila y Chabás, me han concedido el honor de contestar al modesto estudio que, sobre el sepulcro cristiano existente en nuestro Museo arqueológico, publiqué en LAS PROVINCIAS. Satisfecho de haber despertado interés hácia el olvidado monumento y ávido de acercarme á la verdad, en cuanto dependa de mi buena fé y de imparcial criterio, voy á resumir concisamente mi tesis, rectificando gustoso algunos detalles y apoyando las afirmaciones que subsisten á injustificada impugnación.

Dice Aurelio Prudencio en el himno dedicado á San Vicente mártir (*Peristeph. V.*)

*Sed mox, subactis hostibus,  
Jam pace justis reddita,  
Altar quietem debitam,  
Præstat beatis ossibus.  
Subjecta nam sacrario,  
Imaque ad aram condita,  
Cælestis auram muneris  
Perfusa subtus hauriunt.*

Usuard, en su martirologio, refiere que después de edificada una iglesia á nombre de San Vicente, fué solemnemente trasladado á ella el cuerpo de este santo, desde el punto de la marina

en que lo descubrió la virtuosa Jónica. (Escolano. L. 5.º, C. 17.º, núm. 5.)

La tradición consigna que dicha iglesia *ara es monestir: ó granja dels frares de Poblet: y es diu la iglesia de San Vicent forals murs.* (Beuter. L. 1., C. 13.)

Y el moro Rasis (Part. hist. 29), después de mencionar la veneración que en tiempos de Abderraman rendían los cristianos de Valencia al cuerpo de San Vicente, añade: *Et quando ellos vieron á Abderrame, ouieron miedo que él que saueria esta burla, et fuyeron con él,* esto es, con el cuerpo del santo; y sigue describiendo la ruta y percances de los fugitivos.

Como estos, en medio del mayor sigilo, confiaron el tesoro á ligera nave, no es lógico suponer que se llevaran también el monumental sepulcro, y así debió quedar este en nuestra ciudad, escondido tal vez por dichos cristianos.

¿Era aún el mismo á que se refiere Prudencio? El primitivo sarcófago, sencillo por la perentoriedad de la devoción, ¿no fué posteriormente exornado y aún sustituido por otro más espléndido? Difícil es contestar á estas preguntas, pero ellas han de prevenirnos para que busquemos la veneranda joya en todo hallazgo, que nos descubra una sepultura anterior á la invasión agarena.

En el año 1865 observó el inolvidable cronista D. Vicente Boix que una pila del patio de la ciudadela de esta capital, era nada menos que un antiquísimo sepulcro de mármol. Recogiólo la comisión de monumentos, publicó un imperfecto grabado del mismo, y nadie

en nuestra ciudad le consagró ya particular atención.

¿Pudo ser éste el sepulcro de San Vicente? Y si pudo serlo, ¿lo fué en efecto? En el anterior artículo contesté en sentido afirmativo al primer extremo y con mero carácter de probabilidad al segundo, sin que hasta de ahora me haya sido posible modificar la opinión.

Se conviene conmigo en que el monumento es un sarcófago, perteneciente á la época de la dominación romana, y posterior al triunfo que en el año 312 obtuvo la Iglesia universal.

Por el sencillo dibujo que ostenta el único frontis exornado, por el escaso número de sus compartimientos, por los grandes planos con *strigiles*, y muy principalmente por la ausencia de efigies y figuras humanas, conceptúo que no debió haber avanzado mucho el siglo IV al practicarse su labor. Los Sres. Chabás y Danvila atribuyen ésta á la última mitad del mismo siglo, y aunque tal aserto en nada perjudica lo esencial de mi tesis, debo hacer algunas indicaciones sobre los fundamentos que alegan.

Cierto es que la cruz *inmissa* no aparece en sarcófagos fechados antes del siglo V, pero sí en otros, que aunque de fecha incierta, son atribuidos con justicia á los siglos III y IV. Esta afirmación del ilustre Rossi (*Roma sott*, T. 1.º, p. 345), ha sido recientemente confirmada por la estatua que se encontró en Portugal, perteneciente al siglo I, ó cuando más al II, y publicada por el no menos célebre arqueólogo Hübner (*Inscrip. Hisp.* T. 2.º, p. 344, n. 2,462). Representa un guerrero español arrodillado, que viste el *sagum* y ostenta

en el pecho una cruz *inmissa* claramente determinada.

Las *gemmas* que adornan nuestro lábaro son ya muy frecuentes en el siglo IV. Mejor que con monumentos de cierta antigüedad, podemos probarlo con los siguientes versos de Prudencio:

Christus purpureum gemmati textus in auro  
Signabat labarum, clypeorum insignia Christus  
Scripserat, ardebat summis crux addita cristis.

Eco que hacía resonar en el suelo ibérico aquel poeta cristiano, del cántico de la victoria con que saludaba á la cruz el mundo romano. (Godoy Alcántara.)

Los *strigiles*, que tanto influyen en el ánimo del Dr. Chabás, fueron frecuentes, aún antes de la época constantiniana, y entre los varios ejemplos que citar pudiera, se me ocurre la tumba de Livia Primitiva, atribuida por el mismo Rossi al siglo III. (*Roller*. C. 21.) La semejanza de sus planos laterales con los de nuestro monumento, es perfecta. Y á igual siglo atribuye Martigny (art. sacoph,) el sepulcro de Eutropio, en el que se representa á este escultor cristiano esculpiendo á su vez otro sepulcro con *strigiles*.

No es esto decir que nuestro ejemplar pertenezca á la misma época, lo cual destruiría mi conjetura, puesto que San Vicente no murió hasta el año 304, pero sí he querido indicar que no hay fundamento que nos obligue á alejarnos mucho de los tiempos constantinianos.

Más concediendo todo el transcurso del siglo, y más, si necesario fuere, para la construcción del sarcófago valenciano, ¿ha de negarse, por ello, que estuviera destinado al Santo Mártir Vicente?

Prudencio, que murió á principios del siglo V. conténtase con expresar que se fabricó la sepulcral capilla *después* de obtenida la paz cristiana; y téngase presente que si se hizo aquella con premura, á fin de extraer pronto de la arena el santo cadáver, su construcción sencilla debió ser con el tiempo reemplazada por otra de mayor ornato, según las exigencias de la devoción y aumento de la cristiandad; y si, por el contrario, se quiso emplear desde luego toda la esplendidez que indican nuestros textos y el caso requería, debió realizarse la erección bastantes años después del 312.

No es, por tanto, la razón de menor antigüedad, la que pueda oponerse á mi primer aserto. Veamos la que se basa en la interpretación de los símbolos.

El Sr. Danvila, que con tanto recelo admite el significado de aquellos emblemas que mejor se adaptan á mi conjetura, concede, sin embargo, especial eficacia á los que en su concepto la contrarían. "La reproducción del cordero, dice, en los sarcófagos cristianos, es muy usual, y cuando por no acompañarle otras circunstancias, se ha prescindido de su significación sagrada, ha simbolizado, sin excepción, la inocencia y la simplicidad, cualidades atribuidas generalmente á los niños y á los jóvenes.,,

¿Quiere decir con ello que nos encontramos ante la tumba de un niño? Rechaza este pensamiento su magnitud, que dá cabida á dos ó tres muchachos, y no pequeños. ¿Acaso de un joven?, pues un joven era San Vicente, á quien Daciano dirigía las siguientes

palabras: *Sed et tu Vincenti, verbis meis salubriter obaudi, quem et nobilitas generis, el decor commendat gratissimæ juventutis.* (Actæ 3)

Pero todavía es mas violenta la extricta significación dada á la figura del ciervo. Este tímido animal se halla citado en diversos lugares de los libros sagrados para la expresión de múltiples ideas morales, y á su tenor lo adoptaron los primitivos escultores cristianos, simbolizando con él diferentes conceptos. *Cervi symbolum in sacris litteris frequentissimum* (Aringhi. L. 6.º, C. 32). Por eso, pues, representa, segun las ocasiones, la personalidad de Cristo, las vírgenes (San Ambros.), los apóstoles (San Jerón.), los predicadores, los doctores, los fieles (Casiod.), los santos (Origen.), el temor á la tentación y al peligro (Mamadri), la caridad (Aringhi), la eucaristía (Perujo), el bautismo (Martigny), etc.

Excogiendo D. Francisco Danvila esta última interpretación y aplicándola en su mas extricto sentido, deduce que debió ser un neófito, ó mas bien un catecúmeno, la persona enterrada en nuestro monumento, sin tener en cuenta que, ni por razón de las circunstancias que lo acompañan, ni por la época de paz religiosa á que lo refiere, ni por la posición secundaria que dicho símbolo ocupa, se hace verosímil esta opinión.

En el presente caso, tanto el ciervo como el cordero (ó mas bien oveja), representan á los fieles, según afirma el distinguido académico D. Juan de Dios de la Rada, caracterizados en mi concepto por el candor y la timidéz. El supuesto del Sr. Danvila es incompatible

con la corona de laurel (ó tal vez de encina), si es que esta representa otra victoria que no sea precisamente la del martirio.

No hallando, pues, símbolo alguno que pugne con la personalidad de San Vicente, séame lícito insistir en que pudo ser su sepultura la que ahora examinamos.

Mas ¿lo fue en efecto?

Un sarcófago de espléndida construcción, que compite en importancia y antigüedad con el del Cementerio Vaticano y el del Museo Lateranense, rarísimo ejemplar en nuestro reino y único en Valencia, no pudo ser dedicado á persona vulgar; exige la mención de un cristiano en alto grado eminente, de un nombre preclaro, de unas reliquias atesoradas con viva devoción.

Busquemos ese nombre en los cinco primeros siglos de la Iglesia valenciana; recorramos sus fastos, indaguemos sus tradiciones: solo el nombre de San Vicente se presenta á nuestros ojos lleno de majestad y grandeza; no hallaremos otro santo, ni un obispo, ni un sacerdote, ni siquiera un cristiano esclarecido; solo el diácono martir cubre con su aureola las páginas de la historia.

Y si consta que se le labró una sepultura, ante la cual se postraron diversas generaciones, ¿por qué no ha de ser la que hoy subsiste? ¿No es mas lógico admitirla como tal, que inventar hechos no historiados ó suponer ignotas personalidades?

Descendiendo de esta idea general á los detalles, adquiere la hipótesis mayor probabilidad.

Vemos, en primer lugar, que por ser

una sepultura *anepigráfica*, caso frecuente en las de su género, falta la correspondiente mención del difunto. Esto no era olvido, ni indiferencia, por parte de los vivos que hacían labrar tan costosos monumentos, sinó que estando destinados á capillas y á iglesias erigidas en honor de las mismas reliquias que encerraban, era innecesaria tal designación. Y así, por el contrario, las sepulturas particulares de los fieles, aquellas que habían de confundirse con las de sus prógimos en el laberinto de las catacumbas, iban casi siempre provistas de los nombres, edades, profesiones y demas circunstancias del finado.

La cruz es el signo mas determinante, aunque no absoluto, del martirio. Se ha observado que en las tumbas de los mártires, indicadas por otros fehacientes indicios, aparece generalmente la cruz en alguna de sus primitivas formas. Cesaron las persecuciones y cesó la significación de este símbolo; pero como quiera que la sepultura de San Vicente se construyó en medio de la paz, tiempo después de su martirio, no había de faltar en ella la simbólica cruz que lo atestiguara, si bien apareciendo ya en la forma *inmisa*, que era entonces la vulgar.

Esta misma consideración puede aplicarse á la corona que representa la victoria obtenida por el martirio, y que tan perfectamente conviene con el lenguaje de la Iglesia: *Martirii coronam accepit; Martyrio coronatus est; Ad martirii coronam pervenit; Martyrum coronæ, etc.* (Div. actas.)

Y la concurrencia de uno y otro símbolo aumentan su significación, porque denotan colectivamente el mérito y la recompensa: *Le labour des Saints et*

*leur recompense sont étroitement unis: la rude croix, et la couronne, prix sublime de la croix constamment portée.* (Texto cit. por Martigny).

En nuestro monumento tienen ambos una innegable importancia, por las condiciones que en él concurren. Examinense sus proporciones, su innecesaria latitud, su sólida construcción, y no podrá menos de reconocerse que, lejos de estar destinado á las estrecheces de una cripta subterránea, hubo de ser la sagrada mesa en donde se celebrara el incruento sacrificio, junto al altar espacioso y bajo las bóvedas del concurrido templo.

Esta es mi humilde opinión, que creo mas verosímil que la que supone catacumbas valencianas, sin antecedentes en la historia, ni en la tradición, ni en la topografía de la ciudad.

(Se concluirá.)

## MISCELANEA.

### *Efemérides dianenses de la semana:*

Día 21.—1552. Consejo general de Jábea en que determinan entregar cierta cantidad á un criado del Marqués para que éste les diese un pedazo del término de Denia.

Id. id.—1671. Desembarcan unos corsarios moros é intentan apoderarse de Denia, pero son rechazados.

Día 22.—1588. Nace Paula Esteve, hermana del Venerable.

Día 23.—1804. M. Mechain, célebre astrónomo francés, mide la altura del Mongó sobre el nivel del mar y resulta ser de 390 toesas, ó sean 570<sup>m.</sup> 50<sup>cm.</sup>

Día 26.—1728. Muere Mosen Basilio Palmir, gran patricio y decidido partidario del Archiduque.

Día 27.—1472. Azmet Astruch y otros moros de estas inmediaciones venden 100 quintales de pasa de Pop á 8 y medio reales.